SIEMPRE JUNTAS - EXPEDITO

Mientras mareaba en la sartén los huevos con papas y salchichas, su niña ya la esperaba sentada. Apagó la candela, sirvió el revuelto en dos platos y se acercó a la mesa.

—¿Qué bueno está esto mamá? ¡Qué bien! ¡Mañana descansas! ¿Qué tal te ha ido la semana? Esta te he visto poco—. Decía la adolescente mientras cogía el vaso y a sorbos bebía agua.

—La semana ha sido dura vida. He tenido todo el turno de mañana. Ya sabes… alarma sonando a las cinco menos diez… unos siete kilómetros de ida, otros siete de vuelta a partir de las tres de la tarde. Con unos cuarenta grados y en bicicleta.

—No comprendo como entras a las seis de la mañana. ¡Cuándo aun ni funcionan los autobuses!—. Hablaba la joven con el entrecejo arrugado.

—Ya cariño. Pero mi puesto en el súper requiere la entrada de madrugada—. Comentaba en pocas palabras, con cansancio. Cambió de conversación.

—En esta semana vida, me han sucedido varios casos frecuentes. ¿Me acercas los picos por favor?

—Cuenta… cuenta… mamá—. Decía con entusiasmo mientras le abría la tapa verde del cilindro transparente lleno también de regañá. Se lo acercó.

—A la altura de los Jardines del Valle, hacia «el Trini», un hombre de mediana edad colocándose…

—¿Qué edad tenía?

—Cielo no empieces a interrumpirme porque si no, no te cuento nada.

—Perdona mamá sigue.

—Pues eso… el señor de unos cincuenta y cinco años… colocándose la prótesis ortopédica para empezar a correr y adaptarse a su pierna nueva. Muchachos fuertes de piel oscura en patinetes eléctricos llegando a la obra. Dos enfermeras fumando sus cigarrillos, sentadas en un banco de charloteo en frente de la clínica Santa Isabel con el fresco de la madrugada. El mendigo durmiendo en una esquina de la Buhaira. ¡Ah! Y una señora quizá como la abuela, de unos sesenta y tantos años,

que la pobre mujer no llega bien con las manos al manillar yendo en una vieja bicicleta de montaña a trabajar. Siendo limpiadora, porque va con el uniforme puesto… y la mochila cargada en la espalda siempre con sus cosas.

—Bueno mamá… ¿ya te conoces la vida de todo el mundo?—. Comentaba la joven con la inteligencia y la gracia de sus catorce años.

—Pues casi… Porque todos coincidimos en esos momentos. En ese instante, en esos horarios. Mientras pedaleo sin parar, para que a ti no te falte de nada.

La joven se levantaba de la mesa recogiendo sus cubiertos, plato, vaso… y lo metía todo con cuidado en el fregadero. Se acercó a su madre.

—Gracias mamá por todos tus esfuerzos diarios. ¡Siempre juntas!—. Dijo mientras la miró, la abrazó y le dio un beso en su mejilla.

—Venga preciosa vamos a la cama, que ya es tarde. Mañana… que es domingo y libro después de seis días… tenemos que aprovechar al máximo el tiempo juntas.

Cogidas de la mano se marcharon a dormir.